

# UN AMOR

*Tropical*



Sweet Melibea

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

*Título original: Sweet Melibea©, Un amor tropical*

*Diseño de portada: Melibea Ramos*

*Maquetación: Melibea Ramos*

A mi hijo, para que lo lea cuando sea mayor.

# 1. Radio California

*¡Buenos días chicos y chicas! Es domingo, pero Radio California siempre os da los buenos días y os despierta con todo el cariño del mundo para que el buen humor os acompañe todo el día o, al menos, gran parte de la mañana.*

*Y, ahora, el nuevo hit de Pink Dayana: For love.*

Megan abrió los ojos poco a poco, el rímel que se aplicó la noche anterior en las pestañas no ayudaba demasiado, pues las de arriba se le quedaban pegadas con las de abajo.

Un dolor infernal de cabeza le recordó las copas de alcohol de la noche anterior.

Hizo un mohín y soltó un gemido lastimero.

—Mira que me gusta Pink Dayana, pero estas no son horas... —rezongó.

Se permitió un minuto para remolonear en la cama.

Por fin pudo abrir los ojos del todo, llorosos de bostezar, y miró a su derecha.

Ava dormía como un tronco todavía. Normal. ¡Eran las nueve de la mañana!

No habían dormido ni tres horas, pues llegaron pasadas las seis de la madrugada a casa. Suerte que Megan no tenía que trabajar aquel día, ya que había cogido vacaciones el día anterior.

El nuevo éxito de la querida cantante por Megan seguía sonando mientras esta se desperezaba y volvía a bostezar un par de veces.

—Ava... —llamó a su mejor amiga, pero Ava seguía durmiendo con la boca entreabierta.

Megan rodó los ojos hacia arriba y suspiró. Tendría que asumir que Ava tardaría en despertarse.

*Y, ahora, nuestro momento favorito de la mañana. ¡El concurso de adivinanzas!*

*En Radio California somos muy generosos y, cada día, como sabéis,*

*hacemos regalos sorprendentes a quien acierte la adivinanza.*

Megan bostezó de nuevo mientras se sentaba en la cama. Tenía el pelo revuelto y la máscara de pestañas dibujaba churretes por sus mejillas.

El aliento le olía a alcohol y no sabía qué hizo la noche anterior para hacerse una herida en la rodilla.

Genial.

*¡Dale, Mike! Di la adivinanza a nuestros oyentes.  
¿Quién será el valiente que la acierte?*

Megan se miraba la rodilla, intentando acordarse. ¿Cómo se habría hecho esa herida? Pasó sus dedos por encima. ¡Auch! Le dolía.

*¡Vamos allá!  
Adelante la adivinanza de hoy:  
Cinco hermanos muy unidos que no se pueden mirar. Cuando riñen,  
aunque quieras, no los puedes separar.*

Megan sintió un clic en su cabeza.

¡Sabía la respuesta! ¡Sabía la respuesta! ¡Sabía la respuesta!

*A ver, a ver... esas llamaditas.*

*Hoy regalamos un viaje para dos personas al Caribe al ganador.*

*¡Vamos!*

*El número es...*

Pero Megan ya había saltado de la cama como un resorte y le había pegado una patada a Ava en la cara en su salto.

Ava gritó, pero Megan solo estaba pendiente de marcar el número de teléfono de *Radio California* en su teléfono móvil, pues se lo sabía de memoria.

– ¡Eres una estúpida! ¡Estás loca! ¡Me has dado en toda la nariz!

Megan hizo un gesto a Ava con la mano para que guardase silencio y Ava frunció el ceño.

– ¡Los dedos! –exclamó Megan.

– ¿Con quién hablas?

–Me llamo Megan, son los dedos. ¡Son los dedos!

– ¿Qué diantres haces? –Ava no comprendía lo que su mejor amiga estaba haciendo.

Ava se levantó de la cama, tenía la nariz roja y a eso se le sumaba su penoso aspecto por haber salido la noche anterior de fiesta y no haberse desmaquillado.

Puso los brazos en jarras y se quedó observando a Megan.

–Baja la radio –le susurró.

Ava le hizo caso y se quedó al lado de la radio.

*¡Es correcto, Megan! ¡Son los dedos!*

*¡Felicidades, has ganado un viaje para dos personas nada más y nada menos que al Caribe!*

*¡Toda una semana para disfrutar en un lugar paradisíaco!*

Ava abrió la boca enormemente. ¿Megan había acertado la adivinanza de *Radio California*?

Apagó la radio.

–Gracias, gracias, hasta luego. (...) Ajá, me mandáis todo lo necesario al correo electrónico. (...) ¡Claro! Mi correo es: [meganlamasonbonita@gmail.com](mailto:meganlamasonbonita@gmail.com). (...) ¡Gracias a vosotros!

Colgó el teléfono y miró a su amiga Ava.

## 2. ¡Hemos ganado!

– ¿Qué se supone que acaba de suceder? –Ava todavía seguía alucinando. Debía espabilarse ya si quería entender del todo lo que acababa de pasar y, sobretodo, la exaltación de Megan.

– ¡Tía! ¡Nunca lo había hecho!

– ¿Nunca habías hecho qué?

–Participar en el concurso de adivinanzas de *Radio California*.

–Lo sé, siempre dices que es un coñazo y que son muy difíciles –le dijo Ava conteniendo la respiración.

Megan saltó de nuevo y se subió sobre la cama.

– ¡Ya! ¡Pero esta vez sí sabía la respuesta!

– ¿Has ganado? ¿Has ganado de verdad? ¿No estoy flipando? Todavía me noto las copas de anoche. –Ava se tocó la cabeza con su mano derecha y fue hacia la cama con la intención de volver a acostarse.

Tenía claro que debía dormir al menos un par de horas más si quería tener el cerebro activo.

– ¿Dónde crees que vas?

– ¿A dormir?

– ¿Dormir? –Megan abrió mucho los ojos.

–Sí, tía, hemos dormido muy poco. Necesitamos descansar.

– ¡Ava! ¡¿Es que no me has oído?! ¿Es que no has oído la radio?

Ava, adormilada, parpadeó varias veces.

– ¡Hemos ganado un viaje al Caribe, Ava! ¡Para dos! ¡Al Caribe!

Ava intentó pronunciar un par de palabras, pero salieron atropelladas por su boca.

–Caribe –dijo al fin.

–Caribe –repitió Megan.

–Megan... ¿Has ganado un maldito viaje al Caribe?

Ava ahora sí estaba totalmente despierta.

–HEMOS ganado un maldito viaje al Caribe, querida –le dijo con

suficiencia.

–Pero... ¿Con todo pagado? –Ava todavía no se lo creía.

–Todo, todo... trayecto, hotel...

Ava se sentó sobre la cama, mirando a la nada, con una sonrisa idiota en la cara.

–¿Te imaginas...Megan? Cócteles dentro de un coco.

–Con dos pajitas rosas. –Megan se sentó a su lado.

–Y piña colada.

–Playas preciosas.

–Con aguas cristalinas.

–Y sol a todas horas.

–En una hamaca.

–Y música caribeña, nena.

– ¡Y caribeños! –exclamó Ava.

–Sí... un amor tropical. ¿Te imaginas?

Ava miró a su amiga como si fuese un extraterrestre.

¿Un amor tropical? ¡Bah! ¡Ni que fuera a encontrarlo alguna de las dos en el Caribe!

Llevaban viviendo toda la vida en California, nada más y nada menos que veintisiete años, y todavía nada.

–Yo paso del amor.

–Yo no. Un amor tropical, con un caribeño macizote... –Megan rodó los ojos hacia arriba de placer y Ava hizo lo mismo.

Si bien, las dos amigas tenían pensamientos muy diferentes en cuanto a eso.

Megan era enamoradiza, amaba el amor y todo lo que concernía a él. Le gustaba enamorarse, aunque luego no funcionara.

Aunque... ¿Es que acaso alguien puede controlar de quién se enamora?

Pero, en definitiva, Megan no huía del amor, se dejaba caer rendida en esa tela de araña que puede llevarte por el camino de la amargura si sale mal.

Ava, sin embargo, huía como el ratón del gato de los sentimientos. Temía llegar a sentir algo por alguien y que luego no saliese bien. Tenía miedo a sufrir, y ese mantra lo llevaba siempre por bandera.

No obstante, aquel viaje cambiaría la vida de las dos amigas, pero eso todavía no lo sabían.

Por suerte, ambas estaban de vacaciones.



### 3. ¿Qué hora es?

Ava abrió los ojos de golpe. Una vez más, la máscara de ojos le dibujaba churretes negros en la cara, la noche anterior no se desmaquilló cuando llegó de fiesta.

¿Qué hora era? ¿Quién era el chico que tenía al lado?

Bueno, eso tampoco la preocupaba demasiado, haría lo que hacía siempre: decirle que se marchara por donde había venido.

Lo más importante era saber la hora. Aquel día tenía algo importante que hacer, razón por la que la noche anterior había dudado si salir a tomar unas copas con unas amigas que eran compañeras de cuando estudiaba su carrera en la universidad, o no.

El chico se quejó en voz alta con un gemido y la agarró de la cintura, rodeándola con el brazo.

Ava observó cómo enterró el rostro en su costado y notó el escozor que le provocaba su barba en la piel.

Rodó los ojos hacia arriba.

—Eh, tú.

El chico volvió a quejarse con un gemido lastimero.

No obstante, no se movió.

— ¡Ey! ¡Despierta!

—¿Qué pasa? —le preguntó al fin casi sin poder abrir los ojos.

La realidad era que no habían dormido demasiado.

—Vístete y vete —le ordenó Ava desembarazándose de su brazo.

El chico abrió un poco más los ojos, sin comprender el comportamiento de Ava.

La noche anterior le pareció encantadora, por no hablar de lo preciosa que era con su larga melena color dorado y ondulada y sus ojos azules.

¿Qué le sucedía a aquella chica? ¿Acaso él había hecho algo mal? O, quizá, ¿algo que pudiera ofenderla?

— ¿Cómo dices?

–Ya me has oído –le dijo al tiempo que estiraba de la sábana y se enrollaba en ella para vestirse y, lo más importante, localizar su móvil.

– ¿Ocurre algo?

Ava lo miró, aquel chico la estaba exasperando.

–Ocurre que necesito saber qué hora es –le dijo malhumorada.

–Bueno, tampoco es para tanto, yo necesitaría estar en una playa paradisiaca y aquí estoy, en tu cama y encima me estás echando.

«Playa paradisiaca».

«Playa».

«Paradisiaca».

«Megan».

«Viaje».

«Radio California».

«El Caribe».

– ¡Maldita sea! ¿Qué hora es?

El chico miró su reloj de pulsera malhumorado, aquella chica se estaba comportando fatal con él.

–Las nueve.

– ¿Las nueve? –chilló Ava.

El chico, que había puesto uno de los grandes cojines con los que dormía Ava tapando sus partes íntimas, asintió con la cabeza.

–Dios mío, no llego...

– ¿Dónde?

–Oye, guapo, anoche estuvo genial, pero mi mejor amiga ganó un concurso de adivinanzas en *Radio California* hace unos días y hoy nos marchamos al Caribe y llego tarde. ¿Te importaría vestirte para dejar de enseñarme *tu cosita* y marcharte?

El chico abrió ligeramente la boca para decir algo, aunque finalmente optó por obedecer a lo que Ava le estaba pidiendo. Sería mejor no empezar a discutir con aquella chica tan extraña.

Cuando su ligue de la noche anterior se marchó, Ava dio gracias al cielo, pues parecía que no se marchaba de allí ni con agua caliente y, rápida como una gacela, se lavó la cara y se hizo una cola de caballo para ir bien peinada.

Cepilló sus dientes y se enfundó en un vestido de tela fina de tirantes cortito. Suerte que el día anterior dejó su maleta preparada.

Cogió cuatro cosas como objetos personales, entre ellos su querido móvil,

caliente de tantas llamadas recibidas de Megan, por cierto, para meter en un bolso de paja redondo, y se marchó de casa.

Esperaba llegar a tiempo, por nada del mundo podría perderse aquel viaje.

Islas caribeñas, su mejor amiga y piña colada.

¿Qué más se podía pedir? ¿Acaso algo podía salir mal?

## 4. ¡Por los pelos!

Ava corrió por la pasarela del puerto, debía llegar a ese Ferry como fuera.

Su móvil no paraba de vibrar en su mano, la cual mantenía en torno al móvil, cerrada en un puño, sudorosa y con los nudillos blancos de tanto apretarlo.

Megan estaba histérica, llevaba llamando a Ava más de una hora y su amiga no le respondía las llamadas.

¿Dónde diantre se había metido?

La mataría, lo juraba, en cuanto la viera aparecer con alguna excusa tonta de las suyas, porque su amiga era así, la mataría.

Entonces la vio, corría como si no hubiera un mañana, estaba despeinada y roja del esfuerzo y cargaba como podía con la maleta, sujetándola a peso con una sola mano, ya que en la otra llevaba el teléfono móvil.

Un pequeño bolso de paja redondo rebotaba contra sus costillas mientras trotaba.

Megan sufrió por su amiga durante un segundo, pues Ava, en su carrera, cayó al suelo, ya que su pie, resbaladizo por el sudor, se salió de la chancla de playa que llevaba puesta.

– ¡Estoy bien! – gritó a su amiga.

– ¡El ferry sale ya, tienes que subir!

Ava asintió, se notaba las mejillas arder y los pulmones parecían querer salir de su cuerpo por la boca.

Tenía claro que dejaría de fumar en las fiestas, para nada estaba en forma a pesar de tener un cuerpo bonito y atlético.

Cuando llegó a la pasarela habilitada para subir al ferry, estaban a punto de quitarla.

– ¡Espere! ¡Soy una pasajera!

– Enséñeme el billete, señorita.

– El billete, sí. El billete, ya voy...

El hombre rodó los ojos, impaciente.

Ava dejó la maleta en el suelo y observó de forma fugaz el raspado que se había hecho en la rodilla izquierda al caerse.

Genial, una herida de guerra que lucir en la playa caribeña. Eso les encantaría a los chicos guapos que hubiera por allí, ironizó mentalmente.

–Apresúrese, señorita, el barco debe zarpar.

Ava buscaba frenéticamente el billete que atestiguaba que ella tenía que viajar en ese ferri.

No obstante, no lo encontró a pesar de hacer caer sobre la pasarela todos los objetos que había dentro del bolsito de paja cuando lo vació.

– ¿Dónde está? ¡No lo encuentro!

–Lo siento, señorita. Sin billete se queda en tierra.

–Por favor, usted no lo entiende, tengo que ir a ese viaje con...

– ¡Ava!

Megan le gritó detrás de aquel hombre testarudo que no la dejaba entrar.

Ava la miró interrogativa.

–Mira tu e-mail, el billete está ahí, te lo mandé ayer. ¿No te acuerdas?

Ava tecleó rápidamente en su móvil, el cual contaba con un dos por ciento de batería.

«No te apagues ahora, no te apagues ahora».

La ley de Murphy no perdona, y el móvil de Ava se apagó porque, claro, era una situación en la que su propietaria necesitaba tenerlo encendido.

– ¡Maldita sea! – gritó Ava.

– ¿Y bien?

–Lo tenía en el móvil, le juro que lo tenía en el móvil, pero es que no tenía batería y se me ha apagado.

El hombre resopló. Qué chica tan pesada, seguro que le estaba mintiendo para poder colarse, estaba haciendo todo aquello para ganar tiempo y engañarle.

–El barco debe zarpar, márchese a casa.

–Espere, por favor, espere, debe haber alguna manera de enseñarle el billete.

Megan comenzó a ponerse nerviosa, y sus dedos no funcionaban del todo bien cuando tecleaba en su teléfono móvil.

Cuando el día anterior le mandó a Ava el billete a su nombre que recibió en el e-mail de *Radio california*, decidió borrarlo, pues se deshizo de cosas inservibles de su correo electrónico.

¿Cómo iba a imaginar que pasaría aquello?

¿Cómo podía volver a recuperar aquel billete para que su amiga pudiera subirse al ferry?

–Por favor, déjeme pasar, pongo dentro el móvil a cargar y se lo enseño.

Megan intentaba pensar con rapidez mientras Ava ganaba tiempo suplicando a aquel hombre.

–Lo siento señorita, pero no puedo hacer eso.

Entonces Megan dio con la solución. Quizá pudiera funcionar a pesar de haber borrado el billete de su teléfono.

–Disculpe, déjeme comprobar una cosa, un segundo nada más.

El hombre suspiró y movió de lado a lado el bigote.

Megan accedió a su correo electrónico y entró en mensajes enviados. Ahí estaba, el mensaje que había enviado a Ava con el documento del billete adjunto el día anterior.

Abrió el documento y... ¡Eureka!

–Aquí lo tiene, el billete de mi amiga, ahora déjela pasar.

–¡Por los pelos! –exclamó Ava cuando por fin se vio en la cubierta, apoyada en una gran barra de metal, mirando hacia el agua desde lo alto del ferry.

–No vuelvas a hacer esto, Ava. Deberías ser más responsable –la riñó Megan.

Ava, feliz por haber logrado subir, le dio un beso rápido en la mejilla a su mejor amiga.

## 5. Isla Margarita

– ¿Lo hueles, Ava? – le preguntó Megan asomada por la borda del ferry, estaba realmente entusiasmada.

Pero Ava no olía prácticamente nada desde que embarcó, pues se había tirado todo el viaje vomitando hasta la primera papilla.

El mar estaba en calma y prácticamente no había oleaje; no obstante, Ava se mareaba cuando no tenía los pies en la tierra, y nunca mejor dicho.

–Yo ya no huelo nada... –le dijo a su amiga con los ojos llorosos y entornados y la tez amarillenta.

Megan la miró, Ava estaba apoyada de cualquier manera sobre la borda.

–Oh, nena, estás horrible.

Ava tuvo otra arcada en la que no vomitó nada, porque ya no tenía nada más en el estómago que devolver al mar.

–¿Por qué no tomaste *biodramina* para el mareo?

Ava puso los ojos en blanco, aunque eso supuso que su mareo aumentase.

¿Cómo Megan pensaba que podía estar acordándose de tomarse las malditas pastillas contra el mareo cuando prácticamente había estado a punto de no embarcar y quedarse en tierra?

–Huele al Caribe, amiga, estamos a punto de llegar a Isla Margarita.

Isla Margarita estaba ubicada al sureste del mar Caribe, noroeste venezolano y al norte de la península de Araya del estado de Sucre.

–Ava, quizá si levantases un poco la cabeza... el barco ya para–insistió Megan.

Cuando Ava pisó tierra firme, todo su malestar pareció bajársele a los pies, como si la arena de la playa tuviese un imán.

Fue entonces cuando pudo inhalar el aroma de Isla Margarita, la «Perla del Caribe».

Megan suspiró a su lado, decidida y con la maleta en la mano derecha.

–¿Preparada para pasarlo en grande?

Ava la miró, sonriente.

–¿Primer destino? –le preguntó a Megan.

–Pampatar.

Ambas enlazaron sus brazos y cogieron un autobús o «buseta», como lo llamaban allí y fueron al Fortín de Pampatar, donde dieron la voluntad antes de entrar, no sin antes dejar sus pertenencias en el hotel, también situado en esa ciudad.

La guía turística fue muy amable y simpática cuando visitaron el monumento, no obstante, las dos amigas pronto quisieron terminar la visita, pues tenían un hambre voraz y ansiaban sumergirse en el agua caribeña.

La sensación de enterrar los pies en la arena de aquella isla, las embriagó.

No habían oído hablar bien de Isla Margarita, decían que era peligrosa; no obstante, Megan había estado hablando en el ferry con otras personas que no era la primera vez que visitaban la isla, porque Ava no había parado de vomitar, y las palabras de esas personas la habían tranquilizado.

Las dos amigas querían vivir una experiencia única en playas caribeñas, no pasar miedo o tener unas vacaciones horribles.

–Tengo un hambre increíble –le dijo Ava a Megan.

Megan soltó una carcajada.

–No me extraña, has tirado hasta tu primera papilla en ese barco.

–No me lo recuerdes... lo he pasado fatal.

Megan le acarició el brazo con cariño a su amiga, bien era cierto que lo había pasado realmente mal.

–Busquemos algún sitio para comer.

No tardaron en encontrar un buen sitio para comer a pie de playa.

–Quiero cerveza –le comentó Megan a su amiga.

–Uf, pues yo no sé.

– ¡Que sí! Así regulas el Ph de tu cuerpo –le contestó con una sonrisa pícara.

Ava rodó los ojos hacia arriba, suspirando.

–Está bien –accedió.

–Creo que no he probado un pescado tan rico en mi vida –le confesó Ava a Megan chupándose los dedos cuando terminaron de dar cuenta de la fuente de pescado que les habían servido en aquel barecillo a pie de playa en el que habían decidido comer.

Megan dio un trago a la Cerveza Espartana, típica del lugar, y terminó su botellín.

–Toda la razón, sin lugar a dudas.

–Y pensar que nos queda toda una semana en la que disfrutar de estas playas... –suspiró Megan.

–Será increíble –auguró Ava.

Y, lo que no sabían, es que al día siguiente empezaría su gran aventura.

## 6. Susto en el mar

Ava sumergió los pies en el agua. Estaba a una temperatura totalmente perfecta. Se sentía muy bien.

Las aguas caribeñas la hacían sentir bien, libre, estupendamente.

A continuación de la deliciosa comida que habían degustado en aquel sitio a pie de playa, habían vuelto al hotel a dormir un poco y después habían ido de nuevo a la playa.

Estaba atardeciendo, y Ava se estaba deleitando con el paisaje mientras Megan seguía tumbada en su toalla.

Se adentró un poco más en la playa, el agua le llegaba por el pecho.

Comenzó a nadar, le encantaba nadar. Se puso bocarriba, en la postura del muerto y se dejó mecer por la leve marea caribeña.

Cerró los ojos, se relajó.

El sonido de los pájaros, el suave vaivén del agua del mar, el Caribe...

De repente, abrió los ojos de nuevo. Algo la había tocado.

Era grande.

Se incorporó y sintió uno de sus tobillos atrapado, algo la estaba agarrando.

Ava gritó con todas sus fuerzas intentando zafarse de aquello que la quería coger.

—Princesita, no se me asuste.

La voz de un chico la sorprendió. Le habló en español, o al menos eso creía.

Ava le contestó en inglés que no hablaba español.

El chico, el cual perfectamente podría haber salido de una telenovela de lo guapo que era, la sonrió con una blanca y perfecta dentadura.

—Lo siento, mi amigo a veces gasta bromas de este tipo. —Otro chico apareció de la nada. Casi era más guapo que el anterior y hablaba en inglés.

—Pues dile a tu amigo que eso está muy mal, me ha dado un susto de muerte. Creí que era...

–¿Un tiburón? –le preguntó el chico. –Me llamo Byron. –Le tendió la mano.

–Ava.

–No eres de aquí, ¿cierto?

–No, California.

–¡California! ¡Me encanta! –Ava miró de nuevo al chico que le había pegado el susto amarrándole el tobillo, tenía unas gafas y un tubo de snorkel en la mano.

Ava sonrió. Tampoco había sido para tanto.

–Discúlpame, no pretendía asustarte. –Se disculpó de nuevo, esta vez en inglés para que Ava le entendiera.

–No te preocupes, no pasa...

–¡Ava! ¡¿Ava, estás bien?! ¡Te he oído gritar!

Megan se había metido en la orilla de la playa, observaba a su amiga desde allí.

–¡Megan! –la saludó sonriente con la mano.

–¿Qué pasa? –le contestó su amiga.

–Estoy hablando con dos chicos, Byron y...

–Osmar.

–Eso... ¡Byron y Osmar!

–¿Os apetece tomar algo? –la sonrisa de Byron no pasó desapercibida para Ava.

Era tan perfecta y blanca. Aunque Osmar no se quedaba atrás.

–Claro, se lo diré a mi amiga.

Los tres salieron del agua y, por fin, para alivio de Megan, se reunieron con ella.

Megan prefería no dejar a Ava sola, su amiga era tan libre, que temía que la dejase sola en aquel lugar desconocido para ambas y pudiera pasarle algo.

Después de las presentaciones, Megan y Ava recogieron sus pertenencias de la arena y acompañaron a Byron y Osmar por las calles de la ciudad.

Dos horas después, iban por la tercera ronda de ron y las carcajadas no cesaban en ninguno de los cuatro.

–¿En serio te pasó eso? –le preguntó Osmar a Ava.

–Sí, doy fe que le pasó –le contestó Megan conteniendo la risa.

–Sí. –Ava intentó hacer un mohín lastimero, pero los efectos del ron ya estaban haciendo mella en su cuerpo y le era imposible aguantar la carcajada.

–Así que... por poco te quedas en tierra –apuntó Byron.

–Sí, menos mal que al final todo salió bien.

–Todo menos tu rodilla –le contestó Byron al tiempo que posaba una mano sobre ella.

Ava observó aquel gesto y se mordió el labio inferior. Después miró a Byron a los ojos.

–¿Pedimos otra? –les preguntó Osmar.

Byron apartó la mirada de los ojos de Ava y le respondió a su amigo:

–Por supuesto, la noche es larga y nosotros jóvenes.

–¡Por nosotros! –alzó Megan su vaso.

## 7. Byron y Ava

– ¿Puedes explicarme qué hacemos de nuevo aquí?

Un largo rato más tarde, Byron había decidido estar con Ava un rato a solas. Aquella chica le había gustado, era descarada y bonita, por lo que ahí estaban de nuevo, en la playa donde se habían conocido, después de que Byron le propusiera pasar ese rato a solas.

–Quería estar un rato a solas contigo. – Byron le sonrió.

–Vaya... –Ava se recolocó en la arena, cruzando las piernas al estilo indio.

– ¿Qué?

–¿A qué se debe ese deseo? –le preguntó, coqueta.

Byron sonrió de lado.

–Así que... de Carlifornia, ¿Eh? –Byron quiso cambiar de tema. Se moría por besarla, por decirle que deseaba hacerlo desde que la había visto asustada en el agua, pero no quería que Ava saliera huyendo.

–Sí. Tú vives aquí, ¿no?

–Sí. Pero he estado varias veces allí con Osmar.

A pesar de que ya habían tenido esa conversación cuando estaban los cuatro juntos, al principio, ambos se sentían a gusto conversando.

Entonces llegó el silencio y, cuando ya empezó a ser incómodo, Byron volvió al ataque:

–¿Te haces la tonta?

–¿La tonta? –le preguntó con la mano en el pecho, falsamente afectada.

–Sí.

–No sé de qué me hablas, Byron –le dijo para después dar un trago a su vaso de ron.

–¿No? ¿Estás segura?

Ava lo miró a los ojos, no obstante, no le contestó.

–¿Vas a decirme que no te has dado cuenta de cómo te he estado mirando desde que te he dicho mi nombre?

Ava siguió mirándolo, callada.

–¿O que cuando he tocado tu rodilla no has sentido nada?

Ava intentó decir algo, pero Byron posó su dedo índice en los labios.

–¿No lo notas, Ava?

–¿El qué? –le preguntó ella con la respiración entrecortada, no había conocido nunca a un chico como Byron.

–La química, Ava... Y las ganas de besarte que tengo desde que te he conocido en el agua.

Ava no tuvo tiempo de contestar, Byron la besó y entonces se olvidó del ron que tenía en la mano, el cual se derramó en la arena.

Byron, con su pelo rubio, sus ojos claros como la miel, su piel morena del sol y su dentadura perfecta.

Byron, que besó a Ava apasionadamente, pues aquella chica había sido un flechazo para él, en nada le había mentido.

Se tumbaron en la arena sin apenas despegar los labios uno del otro.

Byron acarició cada centímetro de la piel de Ava y Ava se dejó hacer.

Byron, la primera conquista caribeña de Ava.

¿Pero Ava? ¿Qué sería para él?

## 8. Megan y Osmar

– ¿Qué crees que estarán haciendo? –le preguntó Megan a Osmar mientras paseaban por la playa.

Esperaba no encontrarse con su amiga en plena faena, aunque viniendo de Ava no le sorprendería. Ava era fuego, pasión y, si te he visto, no me acuerdo.

– ¿No has visto cómo se miraban? –le respondió Osmar.

– Byron no tiene novia, ¿no?

Osmar soltó una carcajada.

– ¿Byron con novia?

Megan asintió.

– Nunca.

– ¿Y tú?

Osmar miró directamente a los ojos de Megan y esta pudo apreciar lo largas y bonitas que eran las pestañas del venezolano.

– Me hicieron daño.

Megan abrió mucho los ojos.

– Vaya, lo siento mucho.

Osmar sonrió, aunque aquella sonrisa era más triste que alegre.

– No pretendía hacerte recordar...

– No te preocupes. –Osmar le sonrió.

– Si quieres hablar de ello...

Osmar suspiró, ambos paseaban por la arena de la playa con los zapatos en una mano y un vaso de ron en la otra.

– Fue hace un tiempo, llevaba meses engañándome.

– Entiendo entonces que no has vuelto a enamorarte –le dijo Megan, perdiendo toda esperanza de que Osmar, quien le parecía muy amable y atractivo, fuese su príncipe azul.

– No.

– ¿Y estás abierto al amor?

Al instante Megan se arrepintió de formular aquella pregunta. ¿Acaso era

idiota?

¿Acaso no le había hecho daño sacar el tema de tener pareja?

¿Acaso no había visto la tristeza reflejada en los ojos de Osmar cuando le había confesado su desilusión?

*Eres estúpida, Megan,* se regañó mentalmente.

–Por ahora, no.

–Entiendo.

Megan bajó la cabeza. ¿Cuándo encontraría a su príncipe azul? ¿Es que ella no tenía derecho a ser feliz?

Además, era una ilusa, se había hecho ilusiones con Osmar, dado que habían pasado un rato magnífico y Ava se había marchado con Byron.

Ese era su defecto, hacerse siempre, a la primera de cambio, esas ilusiones tontas que luego la embriagaban de tristeza.

–Pero, quién sabe, a lo mejor esa persona especial está a la vuelta de la esquina y todavía no lo sabemos –apuntó Osmar al ver a Megan decaída.

Megan levantó la cabeza y se encontró con la mirada pura y bonita de Osmar.

–Quizá. –Le sonrió.

Ambos siguieron caminando por la playa hasta que se encontraron con Byron y Ava, vestidos y manteniendo una conversación amigable, gracias a Dios.

Osmar y Megan sabían de sobra lo que había pasado entre sus dos amigos, pero el motivo de saberlo no era suficiente como para que también quisieran verlo en directo.

–Ey, ¿qué tal? –los saludó Osmar.

–Nos íbamos ya –le respondió Byron.

–Sí, estoy cansada, no veo la hora de pillar la cama del hotel y dormir –apuntó Ava bostezando.

–¿Nos vamos entonces? –le preguntó Megan acercándose a ella.

–Sí, mañana más.

Las dos amigas entrelazaron los brazos y comenzaron a caminar hacia el hotel, no sin antes despedirse de los chicos con un «nos veremos por aquí», de Ava y un «hasta la vista» de Megan.

Cuando llegaron al hotel, se dieron una ducha rápida y en un abrir y cerrar de ojos, ya estaban acostadas y profundamente dormidas. Había sido un día lleno de emociones, sin duda.



## 9. Problemas matutinos

–Megan, Megan, Megan. –Ava saltaba encima de la cama de su amiga con el fin de despertarla.

Aquella noche se había acostado muy cansada, pero cuando abrió los ojos por sí sola al día siguiente, sin ayuda de ninguna alarma del teléfono móvil, fue consciente de dónde estaba, y la energía corrió veloz por sus venas de nuevo.

Quería una nueva aventura, visitar cada rincón de Isla Margarita.

Megan se quejó como un cachorro y puso la almohada sobre su cabeza.

–Megan, ¿estás tonta? ¡Isla Margarita nos espera!

Megan quitó la almohada de encima de su cara y observó a su amiga con mirada somnolienta y unas ojeras hasta los pies.

–Vaya, estás espantosa...

–Gracias, ¿te has mirado tú la cara? –le contestó Megan del mal humor.

–¿Qué te ocurre? Solo era una broma. –Ava se encogió de hombros.

Megan suspiró.

¿Cómo le decía a Ava que estaba molesta por algo que ella no podía evitar?  
¿Cómo le decía que estaba celosa de que Ava, hasta de viaje, consiguiera lo que quería?

Y, si se lo decía, ¿Cómo reaccionaría ella? Lo que menos quería era discutir con su mejor amiga en aquel viaje maravilloso.

Pero anoche, Megan se sintió tremendamente molesta, pues Ava había ligado y había conseguido del chico en cuestión lo que quería, y Megan todavía seguía sin encontrar a su príncipe azul.

–Nada, solo estoy cansada.

–¿Seguro? –Ava se acercó a ella y le acarició el brazo subiendo y bajando la palma de su mano.

–Seguro. Pasémoslo bien. ¿Dónde quieres ir?

Ava se sentó con las piernas a lo indio sobre su cama y empezó a observar minuciosamente un mapa de Isla Margarita que les dieron en el ferry.

–He estado mirando el mapa, podríamos ir a Porlamar.

–¿Porlamar?

–Sí.

–Recuerdo que anoche los chicos no hablaron muy bien de esa zona.

–¿No?

Megan negó con la cabeza.

–Voy a llamarles.

–¿Tienes su número de teléfono?

–El de Byron, sí. ¿Tú no tienes el de Osmar?

Megan suspiró de nuevo y arrugó el ceño.

–Está dolido.

Ava la miró sorprendida.

–¿Osmar?

–Sí, no es mi príncipe azul. –Se encogió de hombros.

–No entiendo, ¿no pasó nada entre vosotros?

–No. Todavía se acuerda de ella, de su exnovia.

–Vaya, nena, lo siento. Aun así, un príncipe azul no se consigue de la noche a la mañana.

–Pues tú siempre lo haces.

Megan se dio la vuelta y Ava se levantó de la cama como si fuera un resorte.

–¿Yo?

–Sí, tú.

–¿Estás comparando lo mío con el amor? –Ava se llevó la mano al pecho, ofendida.

Megan se encogió de hombros.

–No, dime.

–No lo sé.

–¿No lo sabes? Estás molesta por eso, ¿verdad?

–No, yo...

–Meg, lo mío no es amor, ni lo será nunca. No quiero enamorarme, al menos por el momento. Soy anti amor, me da como... alergia o algo así. –Ava hizo una mueca.

Megan la miró a la cara, pero no le contestó.

–Créeme, es mucho más bonito lo que tú pretendes, enamorarte de alguien y que alguien lo haga de ti. Siempre consigo lo que quiero, porque siempre hay chicos dispuestos a echar un polvo y nada más, pero tú eres más que eso, Megan.

–¿Entonces tú no te estás valorando como mujer? –le preguntó Megan, confundida con las palabras de su amiga.

–Claro que me valoro, pero de otra manera. Tú quieres enamorarte y no te va eso de enrollarte con un tío cada noche y es totalmente respetable. Yo lo hago de la forma contraria y es totalmente respetable, también. Solo digo que, como no es lo que tú quieres para ti, pues no es un estilo de vida que sea afín a ti.

¿Me entiendes?

Megan asintió con la cabeza.

–Encontrarás a esa persona especial, estoy segura. Quizá esté más cerca de lo que te crees y tú aquí lamentándote. Sonríe, sonríe siempre, un día sin sonreír en un día perdido. –Le recordó su amiga, pues aquella última frase era como un mantra para ellas.

Megan sonrió de manera sincera, se sentía mucho mejor.

–¿Porlamar? Voy a llamarles.

–De acuerdo.

## 10. San Gregorio

Aunque Porlamar no era la capital de la isla, sí era la ciudad más poblada. Como había dicho Megan, Osmar y Byron, la noche anterior, no les recomendaron ir allí, pues había mucho delincuente esperando la oportunidad. Aun así, cuando Ava llamó a Byron por teléfono, le dijo que, si querían, podían pasear por la costa, ya que era menos peligrosa.

No obstante, las dos amigas decidieron no arriesgarse, y acabaron por no visitar el lugar.

Así que, sustituyendo a la ciudad de Porlamar, acabaron visitando el otro extremo de la isla: San Gregorio.

Fueron en transporte público hacia el pueblo donde se encontraba el fortín de San Gregorio, y después subieron caminando hasta el monumento.

Después, fueron a la playa, donde quedaron en encontrarse con Osmar y Byron cuando estos acabasen de trabajar. Osmar trabajaba en una tienda de ultramarinos y Byron hacia tours para los turistas en jeep.

—¡Deja de darme en la cabeza! —Megan se rio cuando Ava esquivó otro golpe directo a la cara con un churro de goma hinchable.

Llevaban un buen rato bañándose en el mar y jugando a salpicarse agua.

Cuando se quisieron dar cuenta, un grupo bastante numeroso de jovencitos y jovencitas, se arremolinaron en la arena, tabla de surf en mano.

—¿Te apetece ver una clase de surf en directo? —le preguntó Megan a Ava, paradas dentro del agua, mirando hacia la arena de la playa.

—Venga, así bebo algo, estoy muerta de sed.

—Cierto, tenemos un par de cervezas espartanas en la mini nevera, ya ni me acordaba.

Las dos amigas salieron del agua y se sentaron cada una en su toalla, cerca de aquel grupito de alumnos que esperaba a un profesor de surf, de momento ausente.

Megan se recogía el pelo en un moño alto cuando Ava lo vio.

Alto, fuerte, musculado y con el pelo mojado por el agua del mar. Llevaba una tabla de surf en una mano e iba vestido con un traje negro que se le ceñía al cuerpo.

Pegó un trago a su cerveza espartana sin dejar de observarlo.

Su corazón dio un vuelco cuando uno de sus alumnos se dirigió a él gritando su nombre.

–¡Erick! ¡Has tardado mucho! –El niño se acercó a su profesor de surf y este le revolvió el pelo con la mano.

–¿Estáis listos? ¡Quiero que os esforcéis un montón hoy! –les dijo.

Fue entonces cuando las miradas de Ava y del guapísimo profesor de surf se cruzaron y el corazón de Ava quiso explotar al latir tan fuerte.

–Cierra la boca, te va a entrar una mosca. –Megan le dio un codazo a su amiga.

–¿Eh?

–¿Te gusta el profesor de surf?

–¿Qué? No.

«No». Esa palabra es la que le había dicho a su amiga ante aquella pregunta.

Qué mentira tan grande.

Aunque, en realidad, no sabría explicar qué había pasado en interior cuando había visto a ese tal Erick.

Ni tampoco lo que le había hecho sentir cuando se habían mirado.

Ni aquel latir desbocado de su corazón.

¿Qué diantre era todo aquello? Jamás lo había sentido.

–¡Estás como hipnotizada! –Byron pasó su mano por delante de la vista de Ava, moviéndola hacia arriba y hacia abajo.

Hacía un rato que habían vuelto los dos amigos de trabajar y Ava seguía ensimismada desde que había visto a Erick.

Erick, por su parte, seguía dando clases, en ese momento a otro turno de alumnos.

Los dos amigos habían traído viandas para pasar la tarde en la playa con las chicas y habían montado una especie de picnic allí mismo, sobre una de las toallas.

–¿Qué?

Tanto Megan como los dos amigos se miraron entre ellos para después

mirar a Ava de nuevo.

–¿Te pasa algo? –titubeó Byron cuando le preguntó.

–No, nada... –Y Ava volvió a centrar su mirada en aquella clase de surf.

Byron miró a Megan y esta frunció el ceño ligeramente. ¿Qué le pasaba a su amiga?

Byron sabía que algo estaba sucediendo dentro de la cabeza de Ava. ¿Sería aquel profesor de surf? ¿Acaso no quería repetir lo que había pasado entre ellos?

Ava estaba rara y Megan no sabía por qué. No obstante, lo averiguaría.

## 11. Una puesta de sol inolvidable

Aquel paisaje quedaría grabado en la memoria de Ava y Megan hasta que fueran ancianas, de eso podían estar seguras.

Cuando el sol quiso esconderse hasta que llegase el momento de amanecer al día siguiente, un abanico de colores anaranjados y rojizos se adueñó del cielo e impresionó a las dos amigas.

–Pásame otro trozo –pidió Megan a Byron; le había encantado aquel manjar hecho de pescado y plátano llamado pastel de chucho.

–Rico, ¿eh? –se rio Byron.

–Delicioso.

–Y tú, Ava, ¿qué dices? –le preguntó Omar a la susodicha.

–¿Qué? –Ava seguía ensimismada observando cómo Erick, el profesor de surf, dominaba la tabla con una maestría impecable, tensando los músculos de la espalda, los brazos y las piernas para mantener el equilibrio.

La marea había subido y las olas eran más contundentes que un rato antes, por lo que Erick estaba disfrutando más todavía de aquel deporte, el cual era su pasión.

Se sentía observado, sabía que aquella chica preciosa que al principio solamente estaba acompañada de la que imaginaba que era su amiga, le estaba mirando.

Y él a ella también.

En esos momentos habían venido dos chicos, ¿sería alguno de ellos su novio?

Erick deseaba que no, pues si la timidez se lo permitía, quería saludarla en algún momento.

El olor a pescado fresco se extendió por el ambiente, ya que los pescadores tiraron todo su botín, obtenido en aquellas playas caribeñas, sobre la orilla. Varios pájaros se acercaron sobre todos aquellos pescados vivos con la intención de darse un buen banquete a su costa y dar cuenta de ellos.

La gente del pueblo se acercaba y Megan terminó de comerse su piñonate, dulce típico por excelencia de Isla Margarita hecho de conserva de lechosa y naranja.

Ava seguía con la mirada fija en el mar.

¿Qué le sucedía? ¿qué tenía aquel muchacho para que ella se sintiera así?

¿Acaso era su tan atractivo físico?

¿Los músculos de su ancha espalda?

Sus brazos, quizá, musculados y fuertes.

O tal vez sus piernas, entrenadas para vencer la fuerza del mar sobre la tabla.

Byron arrugó el ceño y le dio un golpecito en el brazo con el pie descalzo.

–Tierra llamando a Ava.

Ava miró el pie de Byron, limpio y bronceado, y después le miró a él.

–¿Me has dicho algo?

–¿Qué te pasa? No paras de mirar hacia el mar.

–No me pasa nada.

–¿Quieres darte un baño? Si quieres te acompaño.

¿Darse un baño? ¿Con Erick en el agua?

¿Y si le hablaba? Se moriría de la vergüenza.

*Oh, Dios, ¿qué diablos te pasa en la cabeza? ¿Quién eres y qué has hecho con Ava?*

Ava parpadeó varias veces.

¿Acaso se estaba volviendo loca?

–Un baño. Sí, necesito despejarme la cabeza.

–¿Te ocurre algo? –le preguntó Megan, desde luego estaba preocupada por su amiga. Estaba muy rara desde hacía rato.

Y, aunque Megan sospechaba que algo tenía que ver con aquel surfista, tampoco estaba del todo segura.

–No, es esa cerveza espartana, me deja la cabeza cargada. Con un chapuzón seguro que se me pasa.

Ava sintió el agua del mar en sus pies, estaba caliente. Avanzó poco a poco, definitivamente el oleaje era fuerte.

Erick saltó de la tabla y se acercó lentamente a ella.

Ava sintió su corazón trotar, ¿se estaba acercando a ella?

–¿Te gustaría probar?

–¿Qué?

A pesar de no haberle entendido bien, presa de los nervios, se percató de que el surfista hablaba en inglés.

–En la tabla. –Erick señaló con su dedo índice su tabla de color amarillo. – No es la mejor playa para ello, Yaque es mejor, pero...

–¿Quieres que me ahogue?

Erick soltó una risotada y Ava sintió un vuelco en su interior.

–¿No sabes nadar?

–Sí, pero...

–Te da miedo –afirmó el surfista. ¿De verdad se había atrevido a hablar con ella así, de forma tan directa?

¿Qué tenía aquella chica que le impulsaba a hacer cosas que antes no hubiera hecho por timidez o vergüenza? O, peor todavía, el miedo al rechazo.

Erick, en lo único que se sentía seguro en sí mismo era en el surf, dando clases a pequeños surfistas que, el día de mañana, tal vez fueran profesionales encima de la tabla.

–Obviamente –consiguió decir Ava.

Erick tragó saliva.

–Llevas observándome toda la tarde, mientras daba mis clases.

Ava contuvo el aliento.

–Te has dado cuenta... –soltó una risita infantil.

Erick asintió.

–Eso es porque tú también estabas mirando. –Sintió sus mejillas encendidas. ¿Desde cuándo ella se ruborizaba ante un chico?

Ava no tenía sentimientos en cuanto a enrollarse con chicos. No quería enamorarse y hacía todo lo posible por no caer en la red de ninguno.

–No hacerlo sería una locura –afirmó Erick.

Ava levantó una ceja.

–¿Y eso por...?

–¡Ava! ¡Vuelve, vamos a ir a tomar unas copas! –La voz de Megan la sacó de aquella burbuja.

–Te llamas Ava –susurró Erick observando cómo aquella chica salía del agua.

–Adiós, Erick –se despidió mientras sentía su corazón latir a mil por hora.

–¿Volveré a verte?

–Voy a estar aquí una semana, todo es posible –le respondió haciéndose la interesante. Esa conducta era más propia de ella, pero lo que todavía seguía sin entender es por qué en su interior rezaba para que así fuera.

## 12. Magnetismo

El tercer día en Isla Margarita fue aprovechado de dos maneras distintas. Cuando las dos amigas se despertaron, decidieron desayunar algo ligero, pues con las copas de la noche anterior tenían el estómago algo revuelto, y fueron de nuevo a la playa a tomar el sol y darse unos baños.

Osmar y Byron no trabajaban aquel día, pues era sábado; no obstante, no pudieron acompañarlas hasta la tarde, ya que tenían recados que hacer.

Megan, por su parte, había decidido dejar de buscar a su maldito e inalcanzable príncipe azul, pues por más que lo intentaba, no lo encontraba, por lo que había desistido.

Había pensado estar abierta a los hombres, metafóricamente hablando, y aprovechar lo que ellos le ofrecían, quizá así fuera menos tediosa aquella espera.

También estaba decidida a sonsacarle a Ava lo que le ocurría desde el día anterior, pero en eso no estaba teniendo ninguna suerte, pues Ava, quien ya era hermética de por sí, en aquella ocasión lo estaba siendo el doble.

Por la tarde, cuando Byron y Osmar estuvieron disponibles, decidieron visitar Asunción, la capital de Isla Margarita.

Fue Osmar quien condujo el coche con el que llegaron hasta allí, había feria.

Aquel ambiente fue encantador para las dos amigas, caminaron por las calles empedradas que alfombraban la ciudad, visitaron la catedral y comieron diversos manjares exóticos típicos del lugar mientras recorrían la feria y observaban la artesanía y bisutería que se ofertaba, la música en vivo y pequeños teatros en miniatura.

Cuando se cansaron de aquel pasatiempo, decidieron tomar unas cervezas, aquella vez artesanales del Caribe.

–Creo que prefiero la espartana –apuntó Megan.

–¿De verdad? –le preguntó Byron.

–Esta me sabe peor. ¿Tú qué dices Ava?

Pero Ava no estaba pendiente de aquella conversación.

Justo enfrente, pidiendo un perrito caliente al estilo del lugar, estaba Erick.

Ya no llevaba el traje de surfear, obviamente, ahora vestía unas bermudas y una camiseta básica de tirantes a juego con unas chancletas.

Byron giró la cabeza en la dirección que Ava estaba mirando y arrugó el ceño.

–¿Lo conoces? –le preguntó, señalándolo débilmente con el dedo.

Ava entonces regresó a la realidad. ¿Cómo podía embelesarla de aquel modo un chico con el que apenas había cruzado palabra?

¿Sería aquello un flechazo?

–Sí.

Megan arqueó las cejas.

–No.

–¿Sí o no? Aclárate. –Byron se puso un poco nervioso.

–¿Y tú? Deberías relajarte un poco, ¿no crees? –le espetó Ava.

Quizá fue por dar en las narices a Byron a modo de venganza por aquel comentario, quizá fue el magnetismo que irradiaba Erick hacia ella, como si de un imán se tratase y ambos fueran polos compatibles, pero se acercó a Erick sin dirigir palabra a ninguno de sus acompañantes.

–Hola –le saludó, muerta de la vergüenza, pero contenta de verle a partes iguales.

Erick, quien no se había percatado de que Ava estaba justo frente a él, dio un respingo sobre sí mismo y el perrito caliente se tambaleó en su mano.

–Vaya, lo siento, no pretendía asustarte –se disculpó Ava mordiéndose el labio inferior.

Erick parecía no reaccionar, y fue Ava quien cogió las monedas que el vendedor le ofrecía como cambio del pago del perrito.

–No, perdona tú, yo... me has pillado desprevenido –le confesó Erick inocentemente.

–No pasa nada. –Ava le sonrió y el surfista se deleitó en aquella preciosa sonrisa.

–¿Qué haces por aquí?

–Bueno... estaba dado una vuelta con unos amigos. ¿Y tú?

Amigos que conocía hacía dos días, excepto Megan, claro, y de los cuales con uno de ellos había practicado sexo en la playa.

Pero aquello no iba a decírselo a Erick, claro.

–Estaba dando una vuelta.

–Tú solo.

–Sí.

–No tienes...

–¿Amigos? ¿Pareja?

Ava asintió y Erick soltó una risotada al tiempo que se ponía la mano delante de la boca, pues había dado un pequeño bocado a su perrito.

–No tengo pareja, Ava. Si la tuviera no estaría hablando contigo así porque así.

–¿Por qué no? ¿Qué hay de malo?

–Si tuviera pareja no estaría hablando contigo porque me resultas...

–¿Qué? –le preguntó ella impaciente.

¿Estaba siendo demasiado patética?

Oh, Dios... seguro que sí.

–Preciosa y, bueno, yo... no sé por qué estoy haciendo esto. Perdona, querrás volver con tus amigos, supongo.

Erick se estaba despidiendo de ella y ella no quería que la conversación acabase ahí.

–No, Erick, espera. ¿Qué ocurre?

–¿Podemos hablar más tranquilamente?

–Claro, espera que avise a mis amigos.

–Ni de coña –contestó Byron cuando Ava se acercó y les dijo que iba a un sitio más tranquilo en compañía de Erick.

–¿Eres mi padre?

–No, pero...

–¿Pero qué?

–Entre nosotros...

–¿Entre nosotros qué, Byron?

–Nada, Ava, pensaba que...

–Pues no pienses nada, Byron, a mí ya se me ha olvidado. Creía que yo había sido lo mismo para ti. No nos conocemos de nada y...

Obviamente, Ava le mintió. Por supuesto que no se había olvidado de lo que había pasado entre ella y Byron... pero le había molestado mucho su comportamiento. Byron le gustaba, tanto físicamente como personalmente, ya

que estaban pasando tiempo juntos en aquel viaje.

–Bueno, Ava, haya paz. –Megan intentó apaciguar las cosas.

–No, Megan, es que intenta controlarme y para mí solo ha sido un polvo. ¡Hace dos días ni siquiera sabía que existía! –volvió a mentir de nuevo, más nerviosa.

–Yo no... –intentó aclarar Byron.

–He dicho que me voy con Erick.

–¡No le conoces! –le espetó Megan.

–Tendré cuidado, no he visto en él nada malo. De verdad, tendré cuidado.

Solamente queremos hablar.

Byron suspiró y Megan asintió con la cabeza, abatida.

¿Qué le estaba pasando a Ava?

–No le tengas en cuenta las formas, Byron, ella...

–Déjalo, Megan.

## 13. Algo inesperado

–¿Puedes decirme qué es lo que he hecho mal? –Pasado un rato, Byron seguía sin entender nada de lo que había pasado con Ava, tampoco su reacción, así que cuando la muchacha se fue, este decidió preguntarle a su mejor amiga y, también, la única persona que podía orientarle un poco acerca de ella, Megan.

Megan suspiró.

–Yo me marchó, chicos –Osmar estaba cansado y pasaba de aquellos rollos extraños. Conocía a Byron desde hacía varios años, y temía que se estuviera pillando demasiado por Ava, una chica que, por lo que había podido comprobar, prefería ser libre y no atarse a ninguna relación.

–Quédate, Megan, por favor, necesito que me contestes. Te acompañaré al hotel yo mismo.

Megan lo miró por un momento y, finalmente, accedió asintiendo con la cabeza.

–Nos vemos chicos.

–Espera, Osmar, te llevo en el coche. –A pesar de que anteriormente había conducido Osmar, el coche pertenecía a Byron.

Byron condujo hasta dejar a Osmar en su casa y después volvió a la carga con Megan, necesitaba saber qué delante le estaba sucediendo a Ava con él.

Quizá se estuviera obsesionando, pero Ava le estaba empezando a gustar más de la cuenta, simplemente quería curarse en salud, sabiendo dónde se estaba metiendo.

–Vayamos a un sitio más tranquilo –le dijo a Megan volviendo a arrancar el coche.

–No, estoy cansada, aquí está bien.

Byron suspiró.

–De acuerdo. Entonces contéstame.

–No has hecho nada mal. –Megan se encogió de hombros.

—¿Entonces?

Megan sonrió, tranquila.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —le preguntó Byron contagiándose de su sonrisa.

—No me hace gracia nada, solo que te estás preocupando de manera innecesaria.

—¿De manera innecesaria?

—Sí.

—Explícate, porque no te entiendo. Ni tampoco a Ava. Sois demasiados complicadas.

—En absoluto. Ava no quiere enamorarse y yo sí.

Byron abrió mucho los ojos, aquella respuesta le había sorprendido.

—Megan, si no me explicas mejor todo... yo no te voy a entender.

Megan rodó los ojos hacia arriba. ¿Acaso necesitaba más detalles?

—¿Qué pasó entre Ava y tú?

Byron carraspeó.

—Pues...

—No voy a asustarme, me lo puedo imaginar.

—¿Ava no te ha contado nada?

—No hace falta, es mi mejor amiga, sé lo que pasó.

—¿Entonces para qué me lo preguntas?

—Cosas mías. En cualquier caso, lo que pasara entre vosotros, no se volverá a repetir ni llegará a algo más.

—¿Qué tengo de malo?

—¡Nada! Pero Ava no se arriesga a sentir nada por nadie, le tiene miedo al amor.

—Pero yo... ¿por qué cree que le haría daño?

—No lo sé, Byron. Supongo que la distancia también influye, tú vives aquí, nosotras en California. Si Ava, de por sí, no quiere enamorarse, muchísimo menos si hay tierra de por medio.

Byron asintió en silencio y permaneció así durante un pequeño rato.

—¿Estás bien? —le preguntó Megan finalmente, rompiendo el momento.

—Sí, es solo... bueno, a veces soy un poco imbécil. —Byron le sonrió tristemente.

—¿Por qué te sientes así?

—Bueno, soy... digamos que una chica me da un par de besos y ya pienso

que nos casaremos, formaremos una familia y ese tipo de cosas.

Megan le sonrió y algo estrujó su corazón.

–¿Sabes una cosa? El amor está a la vuelta de la esquina, siempre. Cuando menos lo esperes, encontrarás a esa chica que tanto ansías tener. Y te querrá tanto como tú a ella. Estoy segura.

Byron levantó la cabeza, pues estaba cabizbajo al haber comprobado su metedura de pata con Ava.

–¿De verdad lo crees?

–¡Por supuesto! Mi príncipe azul aparecerá tarde o temprano y tu princesa igual.

–Te tomo la palabra. –Byron rio. –¿Te llevo al hotel?

–Sí, te lo agradezco mucho.

Ambos sonrieron y Byron accionó el motor del coche.

–Pues ya hemos llegado –anunció Byron al tiempo que estacionaba el coche ante la puerta del hotel en el que se alojaban las chicas.

–Muchas gracias por traerme. –Megan se quitó el cinturón de seguridad al tiempo que le sonreía.

¿Desde cuándo es tan guapa? ¿Y tan amable? ¿Cómo no me he dado cuenta antes?, pensó Byron.

–A ti por los consejos.

–Espero que te sean útiles.

–Por lo menos ya no me voy tan triste a la cama –le dijo Byron riendo.

–Me alegro.

–¿Crees que estará bien?

–¿Ava?

Byron asintió.

–Claro. Sabe cuidarse sola, no te preocupes.

Se miraron durante unos segundos en los que les dio tiempo a darse cuenta de cosas horas antes imperceptibles a sus ojos.

–Bueno, buenas noches, Byron.

Byron se acercó lentamente a Megan y depositó dulcemente un beso en su mejilla, ardiente después de aquella toma de contacto tan distinta a la de los días anteriores.

–Buenas noches, Megan.

La preciosa sonrisa de Byron se coló en su interior y se acarició aquella

mejilla cuando entró en la habitación del hotel y se sentó sobre la cama.  
¿Qué había sido eso?

## 14. Con Erick en Yaque

Erick, desde que tenía uso de razón, siempre había sido tímido. No en exceso, pero muchas veces esa timidez limitaba sus deseos.

¿Qué tenía Ava que había conseguido olvidarse de ese miedo y pusilanimidad?

Pero, aunque ninguno de los dos lo entendía, lo había hecho.

La noche anterior se la pasaron conversando sin parar, había algo extraño pululando entre ellos. Algo a lo que no sabían poner nombre. Parecía que se conocían de toda la vida y la cercanía que irradiaban el uno hacia el otro era mágica.

Quizá por eso Ava había sentido aquel flechazo con el surfista, porque no era como los demás, porque había vencido su apocamiento con ella, porque sentía algo fuerte sin ni siquiera premeditarlo, algo inexplicable.

Erick tenía una personalidad distinta a la de Byron y a la de todos los chicos con los que había estado.

¿Sería él por el que empezara a sentir algo más?

No quería ni pensarlo, no en su situación, no estando en Isla Margarita, no habiendo distancia entre Erick y ella, pues Erick estaba temporalmente en la isla por trabajo y volvería a Canadá, la ciudad donde vivía, finalizado el verano.

Ava le dio un trago a su botellín de agua, todavía le aceleraba el corazón recordar las sensaciones de la noche anterior, lo tonta que llegó al hotel, borracha de deseo por Erick, ansiosa porque llegara el día siguiente para volver a verle y tener una cita en condiciones, pues Erick le había prometido llevarla a la playa de Yaque, donde había las mejores olas para hacer surf y enseñarla.

Ava no las tenía todas consigo en cuanto al surf, aun así, accedió, haría lo que fuera con tal de estar con Erick más tiempo.

El cuarto día en la isla y no sabía qué hacer con tantas emociones y

sensaciones que le estaba ofreciendo la famosa «Perla del Caribe».

–¿Qué tal la resaca? –Erick se acercó a ella chorreando gotas de agua salada, pues estaba calentando un poco dentro del agua con la tabla.

–Mejor que las que paso en California –le contestó Ava con una sonrisa.

Todavía no se habían besado, ¿cómo podía ser aquello posible? ¿Cuándo ella había tardado tanto tiempo en besar a un chico?

Sin duda, Erick parecía ser especial, distinto.

–Eso es por la isla. –Erick se sentó a su lado.

–Es posible. –Ava lo miró.

¿Cómo se podía ser tan guapo? ¡¿Cómo?!

Santo Dios... lo veía tan perfecto.

–¿Qué estás mirando? ¿Tengo algo? ¿Un moco?

Ava se carcajeó.

–¿Un moco?

–Sí, a veces puede pasar.

La muchacha volvió a reír.

–Nada de eso. Solo te miraba a ti.

Erick tragó saliva y se ruborizó un poco, cosa que disimuló sonriendo y mirando hacia el mar.

Su timidez fascinaba a Ava y la llenaba de ternura al mismo tiempo.

–¿Y qué ves cuando lo haces?

Ava simuló pensar, golpeando su barbilla levemente con su dedo índice.

–Pues...

–Esto se pone interesante. –Erick rio y se acomodó en su toalla, extendida sobre la arena.

–Te veo a ti.

–¿En serio? Vaya, jamás lo habría imaginado... –le contestó Erick sonriente.

–¡Idiota! –Ava golpeó con su pequeño puño el brazo de Erick de forma cariñosa.

Ambos se miraron, los ojos azules de Ava se encontraron con los de Erick, brillantes por tenerla delante.

–Explícamelo entonces.

–Es... extraño.

–Ajá.

–Es como si te conociera desde hace mucho tiempo, pero en realidad no.

Sin embargo, cuando te miro, siento que podría saber lo que estás pensando.

Nunca me había pasado con nadie.

—Vaya...

Erick, de repente, se puso serio y tomó prestado el botellín de agua fría de Ava para beber un sorbo.

—No dices nada. —Y aunque quiso sonar como una pregunta, realmente Ava lo afirmó.

—¿Qué quieres que diga? Ya lo has dicho todo tú. —Erick la miró fijamente.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que me muero por hacer algo, pero temía hacerlo por si te incomodaba.

Ava tragó saliva.

— ¿De qué se trata?

Fue entonces cuando Erick se armó de valor y juntó sus labios con los de la chica, suaves y mullidos.

Ava, en ese momento, mientras la lengua de Erick exploraba su boca de forma placentera y cálida, tuvo que admitir para sus adentros que jamás la habían besado igual.

Y entonces llegó: un revoloteo de mariposas nerviosas y rápidas conquistó su estómago.

No obstante, algo pareció fallar en su interior.

¿Por qué pasaba aquello? ¿Si Erick había conseguido que nacieran mariposas en su estómago y la había besado como nunca nadie antes, por qué venía a su mente la bonita cara de Byron sonriéndole?

## 15. Byron y Megan

Cuando Megan se despertó el cuarto día por la mañana en el hotel, Ava no estaba en la otra cama de la habitación doble.

¿Acaso no había venido a dormir?

Aquello fue lo primero que pensó Megan al no ver a su amiga, ya que tampoco había escuchado abrir y cerrarse la puerta del hotel. O quizá las cervezas del día anterior en la feria de la Asunción la habían dejado KO.

*O quizá fue aquel beso inesperado en la mejilla que me dio Byron, pensó de repente.*

Sintió sus mejillas arrebolarse y zarandeó la cabeza, negando con una sonrisa tonta en los labios.

Aquello era absurdo.

Intentó localizar su teléfono móvil para llamar a Ava, recorriendo con la vista toda la habitación, cuando se topó con un papel algo arrugado sobre la cama de su amiga.

Antes no lo había visto, dado que todavía estaba algo adormilada.

Se levantó, perezosa, y cogió el papel para leer lo que ponía en él.

Se trataba de una nota de Ava en la que le explicaba que cuando llegó al hotel bastante entrada la noche, Megan dormía como una marmota y no quiso despertarla, como también la informaba de que pasaría el día con Erick en la playa de Yaque.

Megan suspiró. ¿Qué le estaba pasando a Ava?

Cuando quiso buscar su móvil para llamarla y preguntarle cómo estaba, este comenzó a sonar.

Megan se sorprendió de que todavía tuviera batería, pues también quería ponerlo a cargar.

Caminó hacia la coqueta que estaba situada bajo el espejo grande y rectangular de la habitación, cogió el aparato entre sus manos y comprobó que era Byron quien la llamaba.

Una pequeña bolita de avispas se posicionó en la boca de su estómago y

descolgó la llamada.

–¡Buenos días! ¿Qué tal? ¿Hay noticias? –La voz de Byron sonaba eufórica y contenta a través del teléfono y Megan sonrió.

¿Qué tenía Isla Margarita que volvía loco a todo el mundo?

Lo que Megan no sabía es que había abierto una grieta por la que entraba luz de nuevo en el corazón de Byron. Una nueva ilusión, la cual creyó perdida ante el rechazo de Ava.

Primero Ava, después Byron...

¿Quién sería el siguiente? ¿Osmar? ¿Ella misma?, siguió pensando Megan.

Megan sabía perfectamente que se refería a Ava con ese «¿Hay noticias?», así que informó a Byron de todo lo que sabía.

–Anoche vino a dormir.

–¿Y estaba bien?

–No lo sé.

–¿Cómo? –le preguntó Byron incrédulo.

–Vino a dormir pero yo estaba completamente dormida y ni me enteré –le explicó ella conteniendo una carcajada.

Byron se rio a través del teléfono y Megan sintió calor en su pecho.

¿Por qué era tan idiota?

–La cerveza de aquí es un gran calmante.

–Eso parece.

–¿Y bien? ¿Qué te contó nuestra escurridiza amiga?

–Cuando me he despertado me había dejado una nota. Está en la playa de Yaque con ese tal Erick.

–Vaya... Quería proponerte ir precisamente allí, es una de las playas con mejores olas para los deportes acuáticos.

Megan dio un respingo.

¿Byron la llamaba para proponerle una cita? ¿A ella?

–¿Es una cita?

–¿Te gustaría que lo fuese?

Megan se quedó callada durante unos cuantos segundos.

–¿Y a ti?

–He preguntado yo primero.

Megan se rio.

–¿Y qué otra alternativa hay si no vamos a la playa de Yaque?

–Ir a la Playa del Agua.

- ¿Es bonita?
- La verdad es que sí.
- Entonces vale.
- Te recojo en una hora.

La playa del Agua daba al Atlántico, por lo que, tal y como Byron le dijo a Megan, tenía olas.

Aquel lugar le pareció a Megan la playa de las postales, por ser tan bonita, y también era de las más famosas de la Isla.

A pesar de que los lugareños apuntaban que ya no es lo que era, Megan y Byron disfrutaron de una mañana muy agradable al tiempo que bebían cerveza, comían manjares típicos de la isla como esos últimos días que estaban viviendo en la Perla de Venezuela, y conociéndose, sobretodo conociéndose.

Byron todavía seguía maldiciéndose mentalmente y recriminándose no haberse fijado en la chica correcta, sino en la equivocada.

No es que se arrepintiera de su noche de pasión con Ava, no es que Ava no le pareciera buena chica.

Lo que le molestaba era su propia rapidez para empezar a sentir cosas por la gente.

Se había equivocado de persona. Pensó que Ava, con aquella química que le transmitía y aquella simpatía y locura, podía ser su pareja, algo que él andaba buscando hace tiempo y que todavía, por desgracia, no había encontrado, puesto que con las últimas chicas que había estado, no querían compromiso con nadie.

Entonces llegó Megan, con sus consejos y su bonita sonrisa. Con su sencillez y sus ganas de encontrar un príncipe azul.

¿Pero entonces por qué Ava no salía de su cabeza?

-Así que... tres días. -Byron recordó de nuevo en voz alta el tiempo que les quedaba a las dos amigas en la isla.

-Ajá, tres días.

-Muy poco tiempo. -La mirada de Byron, fija en la de Megan, se intensificó.

Qué pena que aquel intenso momento fuera roto por la melodía del teléfono móvil de Megan.

-¿Ava?

-¡Nena! ¿Dónde estás?

-En la Playa del Agua. ¿Sigues en Yaque?  
-¡Sí! ¿Os apetece venir los tres un rato?  
-¿Qué tres?  
-Osmar, Byron y tú.  
-Osmar no está.  
-¿Y eso? -Ava se sorprendió. ¿Estaban Byron y Megan solos en la Playa del Agua? ¿Desde cuándo tenían tanta confianza?  
-Hemos venido solamente Byron y yo.  
-Ah... Bueno, pasaros luego por la tarde si os apetece.  
Ava se despidió y colgó la llamada. Megan, sorprendida, se quedó mirando el teléfono durante unos segundos con el ceño ligeramente fruncido.  
-¿Qué ocurre?  
-Ava...  
-¿Qué te ha dicho?  
-A veces me desconcierta.  
Byron arqueó una ceja.  
-Quiere que vayamos esta tarde a Yaque. Sigue allí con Erick.  
-Ah... Bueno, ¿tú quieres ir?  
-Es que no estoy entendiendo nada de lo que pasa en este viaje, la verdad.  
-¿Qué es lo que no entiendes?  
-Conozco a Ava, vayamos a Yaque y lo entenderás.

## 16. Me gustas demasiado

Atardecía cuando terminaron de comer los aperitivos que habían llevado a la playa de Yaque y Osmar encendía uno de sus cigarrillos.

Ava, que pensaba que Megan ya no vendría con Byron, se sorprendió al verlos aparecer contentos y animados. Rato después llegó Osmar con los aperitivos que Byron le había pedido que comprara.

¿Por qué le molestaba que Megan estuviese así de bien con Byron?

¿Acaso para Byron no había significado nada lo que había pasado entre ellos?

¿Y para ella misma? Ella creía que no, sobre todo después de haber visto y conocido a Erick.

Pero... ¿Entonces?

Maldita sea, seguro que era aquella cerveza espartana que tenía más grados de alcohol de lo normal y estaba volviéndola loca.

Pero es que no entendía por qué Byron miraba a Erick con buenos ojos si supuestamente tanto le importaba. ¿Ya se le había pasado?

¿Ya había olvidado lo que pasó?

¿Y por qué le molestaba que estuviera así de cariñoso con Megan?

¿Aquello eran celos?

—Voy a darme un baño —soltó de repente.

—¿Ahora? —le preguntó Erick.

—Sí, ¿por qué?

—Hay bastante oleaje, Ava... Casi no hemos podido practicar con la tabla a primera hora de la tarde.

—Iré con ella —añadió Megan.

—¿Estás segura? —le preguntó Ava.

—Sí, a la orilla.

Ava se encogió de hombros.

—Ten cuidado. —Erick cogió su mano al vuelo, cuando la muchacha se

marchaba hacia el agua.

Ella le sonrió y le besó en la frente.

–Iré con ellas. –Osmar tiró la colilla de su cigarro, ya consumido, dentro de una lata de cerveza vacía y se apresuró detrás de las chicas.

Las dos amigas no conocían esas aguas, y el chico temía que el oleaje fuese demasiado fuerte.

Byron frunció el ceño. ¿Acaso Megan tenía razón en lo que le había dicho de camino en el coche a la playa de Yaque?

Fijó su mirada en el mar, contemplando a las dos muchachas y a su amigo Osmar.

¿Por qué no podía apartar la mirada de ella? ¿Por qué si Megan, quizá, podía darle lo que él quería, seguía fijándose en Ava?

Aquella chica cabezota y loca que se había ido con otro porque no quería nada con nadie.

La misma que se había metido en aquellas aguas bravas por cabezonería, a pesar de haberle advertido que no lo hiciera.

Byron se estaba poniendo de mal humor, ese tal Erick le caía muy bien y todo eso pero... no paraba de hablarle de Ava como si Byron y ella fueran amigos y él no sintiera nada.

¿Él no sintiera nada? Vale, acababa de descubrir que lo que le había dicho Megan en el camino le había afectado.

¿Sería verdad?

¿Sería verdad que Ava se había molestado con Megan por ir junto a Byron porque sentía algo por él, pero todavía no lo sabía?

–Si la hubieras visto sobre la tabla... –Erick se carcajeó.

Byron asintió varias veces sin apenas mirarle, pues tenía la vista fija en el agua. Escuchaba gritos, pero no entendía qué era lo que decían. Había mucho oleaje y el rugido del mar formaba una gran barrera acústica para el joven.

Fue entonces cuando sí se pudo escuchar el grito de Osmar llamando a Byron y a Erick con voz potente.

No veía a Ava, la había perdido de vista.

Erick observó cómo Byron perdía los nervios y salía corriendo hacia el agua.

Corrió tras él y logró retenerle de un brazo.

–¿Qué se supone que haces?

–¿Ha pasado algo entre vosotros? –le preguntó Erick de malos modos.

—¿No te lo ha dicho ella?

Minutos antes, Ava prefirió echar marcha atrás y no avanzar hacia el fondo del mar, las olas eran bastante grandes y rugían. Tenía que reconocer que le entró un poco de miedo.

Se alejó hacia atrás, nadando hasta la orilla, hasta que se cansó y posó sus pies de nuevo sobre la arena.

Un dolor incesante se hizo dueño de su pie derecho y comenzó a gritar sin entender lo que estaba sucediendo.

Megan y Osmar la miraron acto seguido y fueron nadando hacia ella.

Pero aquel oleaje les impedía avanzar y Ava cada vez estaba más y más nerviosa, por lo que entre eso y el horrible dolor que sentía en su pie, empezó a ahogarse.

Fue entonces, cuando ya había tragado más agua de la que debería, cuando notó cómo unos brazos fuertes la arrastraban por aquel agua salvaje y cristalina. Observaba de reojo el precioso atardecer, aturdida por el dolor de su pie.

Se abrazó a aquel cuerpo fuerte bronceado por el sol y sintió cómo la depositaba sobre la arena seca de la playa.

Tosía sin cesar, con los ojos cerrados por el esfuerzo y expulsando agua por su boca.

Espantada, observó su pie. Solo veía sangre y miró hacia arriba. Entonces le vio, ahí estaba su salvador, quien la había sacado del agua.

Justo cuando iba a pronunciar su nombre, el chico tapó suavemente su boca con dos de sus dedos.

—Shh, no hables, cabezota.

Ava asintió, atontada por el dolor de su pie, aun así, no pudo evitar decirle:

—Me gustas demasiado.

## 17. He visto cómo le miras

Erick se sentó sobre la cama de Ava, en el hotel.

El día anterior terminó siendo un completo desastre.

Nadie se esperaba que Ava terminase siendo mordida por un pez venenoso en la playa de Yaque.

Por suerte, aunque le dijeron que estaría diez días sin poder caminar cuando la vio un médico, esa misma mañana ya se encontraba mucho mejor y, al final, no había sido tan grave como los médicos pensaron en un primer momento.

Aquella chica era especial, le gustó desde el primer momento en que la vio, observándole mientras daba las clases de surf a sus alumnos.

No obstante, Erick se había percatado de que no tenía claro lo que quería o, quizá, no lo sabía todavía.

—Quedan dos días —le dijo Erick, refiriéndose a la vuelta de las chicas a California.

Erick volvería a Canadá, su ciudad natal, en pasar un par de meses.

—En realidad uno y medio.

Erick asintió y Ava se acomodó colocando de nuevo la almohada que tenía detrás de la espalda.

—¿Qué crees que...? —comenzó a preguntar Erick, aunque sabía la respuesta.

—¿Qué creo que va a pasar? —le volvió a preguntar Ava, después se encogió de hombros. —No lo sé.

—Yo sí lo sé.

—Sé que quieres intentarlo, pero yo... —ya comenzaba a angustiarse, esa sensación la había vivido más veces de las que hubiera querido, con chicos a los que no quería ni había podido corresponder sentimentalmente hablando.

¿Pero qué había pasado con Erick? ¿Dónde estaban esas mariposas que sintió en la playa de Yaque?

—Pero, yo...

Unos golpes en la puerta interrumpieron las palabras de Erick.

–¡Ava! Mira lo que...

Pero Byron se quedó cortado cuando descubrió a Erick dentro de la habitación.

–Vaya, lo siento, no pretendía interrumpir. –Byron dejó el ramo de flores que traía en la mano sobre la mesita de noche y se fue a pesar de que Ava le dijo que no tenía de qué preocuparse.

Lo cierto es que era una escena bastante curiosa.

Erick quedó más abatido de lo que ya estaba; Byron se sorprendió tanto al entrar a la habitación y ver a Erick que se sintió incluso decepcionado, pues creía que después de ese «Me gustas demasiado» de Ava al sacarla del agua, tenía alguna oportunidad; y Ava, al dar aquel respingo sobre sí misma al escuchar los golpes en la puerta y encontrar a Byron tras ella, sintió volver de nuevo el aleteo de las mariposas en su estómago.

Después de un par de minutos en silencio, el cual ya empezaba a ser denso e incómodo, Erick tomó la palabra:

–He visto cómo le miras.

Ava abrió mucho los ojos.

–Creo que... no te entiendo, Erick.

–Sabes perfectamente a quién me refiero. Sé que no soy para ti a pesar de que tengamos esa conexión tan increíble. Tú no estás enamorada de mí, Ava. Nunca lo estarás.

Ava se molestó con aquellas palabras.

–Tienes razón, porque yo nunca me enamoro.

–Estás ciega, Ava. Piénsalo. Estamos en contacto.

Erick besó una de sus manos y se marchó.

## 18. Reacciona

–¿Y esas flores? –Megan entró a la habitación del hotel, había ido a pasar un rato a la playa con Osmar y acababa de subir al hotel después de comprar un par de refrescos para Ava y para ella.

Ava la miró, pero estaba tan sorprendida y pensativa por lo que acababa de pasar, que no le contestó.

–Ah, vale, ya entiendo. Todavía no me hablas.

Ava parpadeó un par de veces.

–¿Cuándo he dejado de hablarte?

–Ah, no sé, tú sabrás. Eres tú la niña caprichosa que hace y deshace a su antojo sin importarle los sentimientos de los demás.

Ava abrió la boca un tanto.

–¿Te sorprenden mis palabras? No deberían. Cierra la boca, pareces idiota. Y di algo.

Ava cerró la boca.

–¿En qué quedamos? ¿Cierro la boca o hablo?

–Lo mejor que deberías hacer es pensar bien antes de actuar.

–Te estás pasando un poco, ¿no crees, Megan?

–¿Que yo me estoy pasando?

–Y tanto.

–Pues explícate, Megan, porque me temo que no te entiendo.

Ava se puso de pie con algo de dificultad mientras Megan la observaba.

–¿Qué es lo que no entiendes, Ava? ¿Que haces daño o que juegas con las personas?

–¿Perdona?

–Lo que oyes.

–Yo no he jugado con nadie.

–¿Ah, no? ¿Y Erick qué?

–¿Qué pasa con Erick?

–Has jugado con sus sentimientos, Ava. Con sus ilusiones.

–Eso no es cierto. Yo siempre soy sincera con todos los chicos con los que me enrolló.

–Con todos menos con Byron.

El corazón le dio un vuelco al escuchar su nombre. Todavía tenía el recuerdo en la mente de cuando la sacó del agua y se aferró a su fuerte cuerpo, inhaló el aroma de su piel, ese aroma familiar a pesar de conocerlo tan solo días, el cual se reproducía en su mente una y otra vez.

–Byron no...

–¡Byron se ha enamorado de ti sin poder evitarlo! ¡Y será su perdición, Ava!

Megan observó cómo los ojos de su mejor amiga se llenaban de lágrimas.

Era la primera vez que vería llorar a Ava por un chico, porque Megan estaba cien por cien segura de que Ava sentía algo fuerte por Byron.

–¿Estás llorando?

Ava se limpió las lágrimas con rabia.

–Le quieres.

Ava la miró, pero no dijo nada.

Megan sacó el refresco de Ava de mala gana de la bolsa de plástico en la que los había traído y lo dejó haciendo ruido sobre su mesita de noche.

–Reacciona, querida. Byron no va a estar toda la vida.

## 19. Últimas horas en Isla Margarita

Quizá fuera porque los sentimientos pesaban o, simplemente, por evadirse y dejarse llevar un poco.

La última tarde y la última mañana en la isla, la pasaron junto a Osmar y Byron.

La tarde de aquel día, el quinto, en el que Ava se percató de una verdad que hasta le dolía, dieron un paseo en jeep por toda la isla por cortesía de Byron y la mañana del sexto día, la pasaron en la playa de Juan Griego, la cual era tranquila y sin olas.

Comieron allí y, como si el universo supiera que aquel día era el último de las dos amigas en aquel lugar, les regaló un atardecer de película en aquella pequeña ciudad, situada en el extremo de una hermosa bahía en la parte norte de la isla. El sol se puso sobre las cumbres de Macanao en el horizonte y los pelícanos no perdieron ni un segundo cuando buscaron a los pescadores para robarles algún que otro pez si estos se despistaban.

Byron decidió aprovechar aquel momento, pues las chicas se irían al día siguiente a primera hora y después no sabría si tendría oportunidad.

—Dime —le dijo Ava de forma tímida cuando se apartaron un tanto de sus dos amigos para poder conversar tranquilamente.

¿Ahora se cohibía delante de Byron?

—Sé cómo eres, sé lo que quieres en la vida, pero yo lo tengo que intentar...

Ava tragó saliva. Byron no tenía ni idea de lo que ella deseaba o quería en aquellos momentos.

Comenzó a negar con la cabeza.

—Déjame hablar, por favor. Luego me dices lo que sea.

—De acuerdo.

—Sé que no te quieres enamorar, pero no puedes controlarlo. No estoy muy seguro de lo que sientes, pero de lo que sí te puedo hablar con seguridad es de lo que siento yo. Y, Dios, Ava... vas a llamarme loco, pero creo que te quiero.

No te saco de mi cabeza, no puedo parar de mirarte aunque no quiera hacerlo, es como una maldición que no me deja ser como antes... Y sé que te marchas a California, pero... no me importaría mudarme. –Se le escapó una carcajada y a Ava se le humedecieron los ojos.

–Necesito... aclararme. La isla, todo esto... necesito volver a casa y aclararme, Byron. Megan tiene razón, no pienso en los demás, juego con los sentimientos. No sabía que se podía llegar a sentir tanto hasta que yo...

–¿Hasta que lo has sentido tú?

Ava sonrió mientras agachaba la cabeza, cohibida y con las mejillas encendidas.

–Déjame aclararme, un tiempo... la respuesta que te dé, será definitiva.

–Tranquila. –Byron la besó en la frente y la abrazó después.

La esperaría, la esperaría el tiempo que hiciera falta, pues sabía que Ava tomaría la mejor decisión para los dos y, sobretodo, para ella.

## 20. Despedida

Ava le dio la maleta a Megan antes de subir a la plataforma. Osmar y ella hablaban a distancia, Megan desde arriba y Osmar desde abajo.

Byron cogió la mano de Ava.

–Tomarás la mejor decisión, lo sé.

Ava lo miró a los ojos y se recreó en ellos. Byron era tan guapo, tan perfecto... ¿Cómo podía haber jugado así con él?

–Necesito que antes me perdones por, si en algún momento, te he dañado.

–Ava, por favor...

–Byron, necesito que me lo digas. Si no, no podré perdonarme a mí misma. Me siento tan rara...

–Sientes cosas que antes no habías sentido ni hubieras imaginado.

–No sé cómo actuar, cómo gestionarlo.

–Lo sabrás. Date un tiempo, relájate.

–¿Me perdonas?

–Siempre.

–Te llamaré, hablaremos.

–Todos los días.

Byron besó sus labios y Ava quiso que el tiempo se parase en aquel momento, cuando los labios de aquel chico que había conseguido que pudiera querer a alguien, envolvían los suyos.

Casi quiso quedarse allí, en aquella isla, de locura, sin pensarlo. Pero sabía que para querer bien a Byron, tal y como el se merecía, tenía que aclarar dentro de ella misma lo que sentía.

Y lo único que quería en el mundo, era hacerlo bien.

–¿Bien? –Megan le preguntó a su amiga mientras se despedían con la mano de los chicos.

El barco salía del puerto y comenzaba su viaje de vuelta a California.

–Fatal –le contestó su amiga con la voz quebrada.

–Has hecho lo que tenías que hacer.

–Hombre... después de la bronca que me echaste.

–Era necesaria, Ava, de verdad que sí. Todo el mundo veíamos lo que estaba pasando, menos tú.

–¿Cómo iba a verlo yo? No es mi ambiente, ni mi terreno... ¡Maldita sea, Megan! ¡Me ha mordido un pez!

Megan sonrió.

–Lo harás bien.

–Espero saber estar a la altura.

– Tú siempre estás a la altura, solo tienes que esforzarte.

En ese momento, recibió un mensaje de Erick en su teléfono móvil.

–Es Erick.

–Vaya, ¿y qué dice?

–Dice que se alegra de haberme conocido, que tenga un buen viaje y que si yo quiero podemos mantener el contacto. Ha sido algo extraño lo de ese Erick.

–¿Si? –le preguntó Megan interesada.

–Sentía que le conocía desde siempre, creo que eso me confundió. Pero, cuando Byron me sacó del agua...

–Byron es un partidazo.

Ava miró a su amiga y le dio un codazo cariñoso.

–¿Pero tú de qué vas?

–¡Que estoy de broma!

Ambas amigas se carcajearon e intentaron disfrutar una en compañía de la otra de su viaje de vuelta a California.

Sin duda, aquel viaje les había cambiado la vida. Aunque, de la historia que había empezado en Isla Margarita, todavía no sabían el final.

El final tan solo podía escribirlo el paso del tiempo, de cada día, cada semana y cada mes.

Los sentimientos en aquel lugar se magnificaban verdaderamente.

¿Qué pasaría cuando llegasen a California?

# Epilogo

*5 meses después*

–¿Crees que están locos?

Byron se carcajeó.

–¿De qué te ríes?

–Loco estoy yo por ti –le susurró al oído –De Osmar me lo espero todo.

Byron observó a su amigo Osmar, plantado ante el altar, trajeado, esperando a su chica. Estaba nervioso, inquieto y no era para menos.

¡Era el día de su boda!

Cuando Megan entró a la Iglesia, sonó una bonita melodía que retumbó en todas y cada una de las paredes causando un eco que acompañaba el momento a la perfección.

Ava observó a su mejor amiga y los ojos se le humedecieron.

–Estás muy sensible –le comentó Byron al oído.

–Es que es muy bonito –le contestó ella limpiando con su dedo índice una lágrima de su ojo izquierdo, justo antes de que recorriera su rostro.

–Bonito es lo que tú me haces sentir y la decisión que tomaste. Gracias por quererme así de bien, Ava.

Ava miró a su novio Byron, compañero de vida y de risas y se sintió afortunada.

–Gracias a ti por enseñarme a querer y no tenerle miedo al amor.

–Y a Isla Margarita.

–Claro. –Ava sonrió.

–Es lo que tiene los lugares tropicales... pasan cosas que no te esperas.

–Sí, como que te muerda un pez venenoso en un pie o casi te ahogues en la playa del Yaque.

–O tener que aguantar a un surfista idiota que estaba loco por tus huesos.

–¿Celoso?

–No te imaginas cuánto. –Byron la miró intensamente.

–Sí quiero –Escucharon que decía Megan en el altar.

–Oh, Dios mío –Ava en ese momento sí lloró y Byron puso los ojos en blanco mientras reía.

Y así es como los cinco protagonistas de esta historia aprendieron algo sobre el amor.

Osmar aprendió a dar segundas oportunidades.

Megan aprendió a esperar el amor verdadero, llegando cuando menos lo esperaba.

Byron aprendió a ser paciente, pues cuando quieres a alguien lo acompañas en cada momento de su vida.

Erick aprendió a querer bien, dejando escapar a alguien a quien apreciaba para que fuese feliz.

Y Ava...

Ava aprendió que el amor llega de forma inesperada, que se puede querer bien, sin sufrir.

Isla Margarita, aquel viaje que ganaron las dos amigas en aquel concurso de *Radio California*, finalmente sí les trajo a su vida un amor tropical.

# Fin